



¿Qué es la Teología de la Liberación?

La Teología de la Liberación es una corriente teológica que surgió en América Latina en la segunda mitad del siglo XX, en un continente marcado por profundas desigualdades, pobreza, exclusión y violencia. Su aparición estuvo vinculada a la renovación de la Iglesia, impulsada por el Concilio Vaticano II (1962-1965); y, en América Latina, por la Conferencia Episcopal de Medellín (1968).

Uno de sus principales impulsores fue Gustavo Gutiérrez, presbítero y teólogo peruano. Su libro “Teología de la liberación. Perspectivas”, publicado en 1971, dio nombre y formulación sistemática a una reflexión que venía gestándose en distintos lugares del continente. En su origen había una pregunta profundamente evangélica y teológica: ¿qué significa anunciar la salvación de Jesucristo en una realidad donde millones de personas viven en condiciones de pobreza e injusticia?

Gustavo Gutiérrez definió la teología como una “reflexión crítica sobre la praxis histórica a la luz de la Palabra”. Esta definición expresa una manera particular de comprender el quehacer teológico. La reflexión no comienza únicamente con conceptos o doctrinas, sino con la vida y la práctica de fe de los creyentes, con sus compromisos, sus preguntas, sufrimientos y esperanzas. En un primer momento se encuentra la experiencia de fe y el compromiso con la realidad; posteriormente viene la reflexión teológica que busca comprender esa experiencia a la luz de la Palabra de Dios. De allí la conocida expresión de la teología como un “acto

segundo". Antes que hablar sobre Dios está la experiencia de seguir a Jesús y poner en práctica su Evangelio.

Este modo de hacer teología exige conocer la realidad. Por ello, la Teología de la Liberación dialogó con las ciencias humanas y sociales y con corrientes latinoamericanas como la teoría de la dependencia, así como con algunas categorías provenientes del marxismo. Estas herramientas permitían analizar las causas estructurales de la pobreza y comprender que esta no era una fatalidad o una carencia individual. Sin embargo, para Gutiérrez, utilizar instrumentos de análisis social no significaba adherirse a una filosofía determinada. Las ciencias sociales constituían una mediación para comprender la realidad; el horizonte de la reflexión teológica seguía siendo la fe cristiana y el Reino de Dios.

En ese sentido, la Teología de la Liberación es profundamente bíblica. Su reflexión se nutre del testimonio de un Dios que escucha el clamor de su pueblo y lo libera, de los profetas que denuncian la injusticia y, de manera central, de Jesús y su anuncio del Reino de Dios.

En este marco se comprende mejor qué significa liberación. Gutiérrez distingue tres dimensiones estrechamente relacionadas. La primera es la liberación social y política, que supone transformar las estructuras que generan pobreza, explotación y opresión, situaciones que vulneran la dignidad humana. La segunda es la liberación humana, entendida como un proceso por el cual las personas se convierten en sujetos de su propia historia y construyen nuevas relaciones humanas. La tercera es la liberación del pecado, raíz última de toda ruptura de la comunión con Dios y entre los seres humanos. Esta dimensión abre la liberación a su sentido más pleno, la salvación y la comunión con Dios.

Se trata de dimensiones de un único proceso que permite comprender la salvación cristiana en toda su amplitud y complejidad. La liberación no puede reducirse a un cambio político o económico, pero tampoco puede entenderse como una salvación intimista y separada de la historia. La acción salvífica de Dios alcanza a toda la persona y tiene consecuencias en la manera de vivir y relacionarnos con los demás.

Esta perspectiva explica la centralidad que adquiere la vida de los pobres. En los Evangelios, Jesús anuncia la Buena Nueva a los pobres, se acerca a quienes sufren y son excluidos y proclama un Reino de vida digna y fraternidad. De allí surge la opción preferencial por los pobres, asumida por la Iglesia latinoamericana y por el magisterio universal. Esta opción no significa que Dios ame solamente a los pobres, sino que su amor universal reclama una atención particular hacia quienes ven negada su dignidad y las posibilidades de una vida plena.

Más de cincuenta años después, algunos análisis y categorías de la Teología de la Liberación necesitan ser releídos ante nuevas realidades. Sin embargo, permanece vigente la pregunta que estuvo en su origen: ¿cómo hablar de Dios desde la realidad de quienes sufren? En sociedades atravesadas todavía por la pobreza, la desigualdad, la violencia, la crisis ecológica y nuevas formas de exclusión, la Teología de la Liberación continúa recordándonos que la fe no puede separarse de la vida concreta y que hablar de Dios implica escuchar el clamor de los empobrecidos y excluidos y discernir, desde el Evangelio, caminos de vida, justicia y esperanza.



Instituto
Bartolomé
de Las Casas